

DOS GRANDES MARINOS ESCRITORES: PIERRE LOTI Y CLAUDE FARRERE

“Las viejas provincias agrícolas, Auvernia, Artois, Lorena, Alsacia sufren la atracción irresistible del agua salada. Y eso produce extrañas tripulaciones, en las cuales predomina el gusto por la aventura, por la gran aventura a la moda antigua.

A todos, el yodo y la sal introducen el mar en la sangre. Y el mar les parece bello. Para muchos, para todos puede decirse, se convierte en una Patria: su Patria”.

Claude FARRERE

Mucho debe la Humanidad a la Marina de Guerra de Francia en lo que atañe a descubrimientos geográficos, invenciones de tácticas e instrumentos navales y, en fin, su aporte a la ciencia náutica es tan extraordinario que sería imposible reseñarlo en estas cortas líneas.

Con siglos de tradiciones de valentía, sus hombres de mar han cubierto de gloria el pabellón tricolor galo, desde los tiempos de Luis XVI y su gran Ministro Richelieu, hasta su última hazaña en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, cuando el poderoso acorazado, precisamente de nombre “Richelieu”, lograra huir de Tolón, bajo las mismas narices de las fuerzas del Eje, para sumarse a las libres y representar un inesperado y muy valioso apoyo para el esfuerzo común bélico del potencial defensivo de las democracias.

Dos Ilustres Marineros-Escritores

Sin embargo, el objeto de este modesto trabajo no es, precisamente, refe-

rirnos a tales aspectos, tan larga, autorizada y minuciosamente historiadados, sino recordar a dos grandes escritores que pertenecen por derecho propio a lo más selecto de la literatura universal. Nos referimos a Julián Viaud, más conocido como Pierre Loti y a Federico Carlos Bargone que inmortalizara su seudónimo de Claude Farrère. Ambos, desde temprana edad, moldearon sus espíritus y sus cuerpos en la rígida disciplina naval francesa; ambos amaron el mar por sobre todas las cosas y ambos recorrieron los océanos a bordo de las naves de su Patria, llevando un mensaje de cultura y trayendo, en cambio, a Europa leyendas, personajes, historias y recuerdos de exóticas regiones y países de cuya existencia y costumbres, el ciudadano medio de ese entonces no tenía más que vagas y confusas ideas.

Pierre Loti

El ilustre escritor y marino francés vino al mundo el año 1850 y luego de cursar estudios secundarios ingresó a la Ar-

mada de su Patria, en la que sirvió durante largos años, cumpliendo una carrera naval por demás relevante.

Su ideal era permanecer embarcado y recorrer los caminos sin término del mar. De este largo período de su existencia hay constancia en numerosas de sus obras, pues nadie como Pierre Loti —salvo Claude Farrère— supo aprovechar su permanencia en las naves de guerra francesas, para describir magistralmente hombres, naciones y costumbres de las diversas regiones del orbe.

De entre sus obras —traducidas a todos los idiomas cultos del mundo— mencionaremos "Rarahú", "Les Spahis", "Dame de la Kasbah", "Las desencantées" y "Mon frère Ives".

De esta última —"Mon frère Ives" (Mi hermano Ives)— valdría hacer un comentario especial ya que la mayor parte de la acción de esta novela se desarrolla en el océano. Es una relación tan vívida, profunda y sencilla a la vez de la vida a bordo de las antiguas naves de guerra que el lector, con un mínimo de imaginación, se siente un tripulante más de los diversos barcos en los cuales se desarrolla la trama de este cautivante libro.

Más adelante nos referimos brevemente a la amistad y profunda estimación mutua que con el correr de los años uniera a Loti y Farrère.

Cuando Pierre Loti era ya un personaje de primera categoría en la literatura universal y su calidad de genial escritor era indiscutida, la muerte tronchó tan noble existencia en Hendaya en 1923 en medio del sentimiento unánime de sus conciudadanos y de todos los círculos de la cultura mundial.

Claude Farrère.

Federico Carlos Bargone que diera lustre y renovado prestigio a las letras de Francia, era, como Loti, un permanente enamorado de los espacios infinitos del mar. Su brillante carrera naval pudo haber culminado merecidamente con los galones de Almirante, pero una serie de contratiempos lo hicieron abandonar su amada institución naval.

Farrère ingresa a la Escuela Naval el año 1894. En 1906 es promovido al grado de Teniente de Navío y en 1918 re-

cibe los despachos de Capitán de Corbeta. Tales son algunas de las etapas de su paso por la Marina de Guerra de Francia a la que cubriera de gloria por intermedio de su genial inspiración, su estilo literario impecable y la manera fluida, sencilla y emocionante con que nos ha pintado hombres, países y costumbres de las más apartadas regiones de nuestro planeta.

De su copiosa labor literaria mencionaremos las siguientes obras: "Mis viajes", "El último Dios", "Los condenados a muerte", "Cien millones de oro", "El hombre que asesinó". Pero, sin duda, su trabajo cumbre —según todos sus críticos— lo constituye "La batalla", calificada como su obra maestra y que no debiera faltar en la biblioteca de cualquier oficial de Marina.

Loti y Farrère.

Del cautivante libro de nuestro compatriota y esclarecido escritor Salvador Reyes, "Rostros sin máscara", hemos tomado algunos trozos en los que se refiere, precisamente, a la amistad que unió a los dos grandes escritores-marinos de Francia.

Salvador Reyes nos cuenta: "Farrère me ha hablado también de otro hombre a quien venera: de Pierre Loti. Era un joven marino destacado en Estambul, en 1903, cuando un día recibió la noticia de la llegada de su nuevo jefe. Fue a esperar al muelle de Gálata y cuando el barco atracó, el autor de "La Batalla" levantó los ojos y vio inclinado en la borda del navío a un hombre pequeño, menudo, extraordinariamente parecido a la momia de Ramsés II. Era el autor de "Aziyadé". Farrère juntó los talones y llevó la mano a la visera para saludar al Capitán de Fragata Julián Viaud, personaje rígido, grave, devorado secretamente por la certidumbre de no ser más que un fantasma pasajero en un mundo vacío".

Y prosigue el autor de "Rostros sin Máscara": "Farrère afirma que, contrariamente a lo que se ha dicho, no estuvo unido a Loti por una larga amistad. Cuando el Capitán Viaud, recibió a bordo del "Vatour" al "Enseigne de vaisseau", Federico Carlos Bargone, no le testimonió ninguna simpatía; más bien

distancia. Cuando ambos marinos y escritores llegaron a ser amigos, Loti escribió a Farrère (1909): «Entonces Usted se aperció, a pesar de mi esfuerzo, de que yo no le quería mucho? Pues bien, es verdad. Yo no le conocía a usted; le creía seco e infatuado».

A pesar del afecto que llegó a ligarlos, los dos hombres se vieron pocas veces. Pero, para almas de ese temple, el hecho no tiene importancia. Aún ahora, después de tantos años, cuando Farrère habla de Loti, lo hace con un cariño y una veneración conmovedora: «Nunca, al oírlo, he podido sustraerme a la emoción que produce tanta lealtad».

«En 1930 —menciona Salvador Reyes—, Claude Farrère, consagró un libro a su amigo y maestro Pierre Loti. Recuerda su primer encuentro con él en un muelle de Gálata, detalla las etapas de la amistad que lo ligó al autor de «Matelot» («Marinero») y evoca su última y patética entrevista, cuando, llamado urgentemente por Loti, llegó a la isla de Olerón y le vio surgir de la sombra, como un espectro, marchando con dificultad, próximo ya a la muerte pero haciendo un esfuerzo sobrehumano para recibir con una sonrisa a una bella mensajera que le enviaba la Turquía que tanto había amado».

Despedida a la Escuela Naval.

Como dijimos, Claude Farrère ingresó a la Escuela Naval el año 1894, pero hay que dejar previamente establecido que dicho plantel formador de muchas generaciones de oficiales navales franceses, no funcionaba en tierra, sino a bordo de un romántico navío de tres puentes y ochenta cañones de nombre «Borda» y que permanecía de estación en el puerto de Brest.

Al abandonar ese establecimiento Farrère escribe esta bella despedida, que ha de tocar muy hondo a todo hombre que haya plasmado su personalidad moral y física, en una Escuela Naval.

Dice Claude Farrère: «De mi último día de Escuela Naval, he guardado el más conmovedor recuerdo. . . Debíamos dejar el navío al día siguiente por la mañana, para no volver nunca. Desde la víspera, la disciplina se había relaja-

do. En adelante se nos autorizaba a hacer todo lo que queríamos. La larga y ruda tarea había terminado. Yo lo que quise fue no dormir aquella noche. Y fui a sentarme solo en el anfiteatro de las conferencias, cerca de una claraboya que abrí para contemplar el mar. Era una noche de Julio, caliente y luminosa. La luna llena hacía brillar en toda la rada las olas de plata viva. Aquí y allá se alumbraban los fuegos de los navíos. Lejos, por sobre Crozón, el faro de Eckmuhl paseaba sus pinceles nevados en el firmamento. Permanecí allí hasta el amanecer, hundido en mis sueños. . . Tenía apenas veinte años. . . Por aquel portalón creía percibir toda mi vida abierta ante mí y el mundo entero, y todos los seres y todas las cosas ofreciéndose. . .

«A partir de ese instante se habían terminado los aprendizajes, se habían terminado la infancia y la adolescencia; con el próximo sol yo iba a ser un hombre que se levantaría también sobre el horizonte del planeta. . .

«Y todos mis sueños de infancia, todos mis sueños de adolescencia —esos sueños tan hermosos— toda esa imaginación maravillosa y delicada me subía al corazón y al cerebro, y me embriagaba de antemano. Más allá de esa rada nocturna que la luna argentaba, yo iba a partir a la conquista del mundo. Iba a embarcarme, no ya sobre un pontón definitivamente anclado, sino en un verdadero navío que volaría conmigo hacia horizontes extraordinarios, hacia los llamantes horizontes de los trópicos o hacia los horizontes nevados y vírgenes del Norte. . .

«Una emoción grande como la muerte me dominó. Creo que jamás, hasta el último latido de mi corazón podré olvidarla. . .».

Farrère y Loti, como se ha dicho reciben en su oportunidad el homenaje de su amada Francia y los honores caen mercedamente sobre ellos. Ambos son consagrados con el Premio Goncourt, la máxima distinción literaria de Francia y su fama traspasa las fronteras de Europa para extenderse por todo el mundo.

Finalmente, el año 1936, Claude Farrère pasa a pertenecer a los inmortales al ingresar a la Academia Francesa, en la vacante dejada por un gran político, escritor y orador: Luis Barthou.